

Movimiento pedagógico nacional y reforma educacional

Guillermo Scherping V.*

Se me ha invitado a exponer nuestros puntos de vista respecto de la Reforma Educacional Chilena. Intentando orientarme por el desafío de abordarlo desde paradigmas y perspectivas, señalaré algunas de nuestras elaboraciones relacionadas con los temas centrales de dicha reforma cuales son los logros de equidad y calidad, vinculándolos a lo que estimamos el rol docente y su formación inicial.

En primer lugar, quisiera, muy brevemente, señalar lo que entendemos por calidad de la educación, asunto no simple pues tanto en el ámbito social, como en el político y educativo, se sustentan diversas concepciones y, por consiguiente, de acuerdo a una u otra definición y contenido, se definen e implementan políticas para el mejoramiento de la calidad y desarrollo de la profesión docente.

Y pareciera que hoy en día, más allá del discurso, tras las políticas subyace, fundamentalmente, un concepto de calidad educativa construido y afirmado, principalmente, a partir de una mirada centrada más bien en productos-resultados que en procesos, y por tanto, vinculado, en última instancia, a los logros de aprendizaje, o mejor dicho, específicamente, a los logros académicos.

Durante todo este tiempo se ha asociado la calidad a los resultados de aprendizaje en algunas áreas fundamentales del curriculum, induciendo la falsa concepción de que ello es sinónimo de calidad de educación. De este modo surge el cuestionamiento a un instrumento perfectible, pero válido y confiable como es la prueba estandarizada llamada Simce, a la que se le atribuyen valores y cualidades que desde sus objetivos nunca estuvieron formulados. Al tiempo que ocurre algo similar con el efecto público catastrofista que generan los resultados de pruebas internacionales, como también las de selección universitaria de alumnos.

Quienes así conciben la calidad en educación suponen que la presión y amenaza a través de los resultados de rendimiento medidos estandarizadamente, como también,

* Dirigente Nacional Encargado de Educación y Perfeccionamiento Colegio de Profesores de Chile A.G.

el premio o castigo financiero, sea del Estado o el mercado, son los elementos que movilizaran tras una mejor calidad.

En nuestra opinión una apreciación de la calidad de la educación debe considerar, en su complejidad, los principales factores asociados a la enseñanza y los aprendizajes, como por ejemplo, el ámbito del alumno y su contexto familiar, el ámbito del Director, la gestión escolar, la infraestructura y material educativo, los aspectos al interior del aula centrados en el docente y el currículo, y el ámbito de la formulación de la política pública, la administración central, nivel del sistema y financiamiento. La ausencia de alguno de estos factores, de la calidad, en la evaluación, en la información y su análisis, le resta veracidad y confiabilidad a los juicios.

El problema es que los procesos de enseñanza y aprendizaje, en el ámbito y perspectiva que sean, son complejos y múltiples y, por consiguiente, los llamados “productos” que se generan como consecuencia del hacer pedagógico son difícilmente medibles y, menos aún, observables de manera simplista y directa.

Pero éste no es el único problema, porque lo concreto es que la función que cumple la escuela, y por tanto el quehacer docente, son también complejos.

Si bien es cierto tiene como centro motor el aprendizaje de los alumnos, su misión se encuentra vinculada con un proyecto de desarrollo de país determinado; que tensiona a la escuela y orienta el desarrollo del sujeto estudiante bajo tres dimensiones: la del desarrollo individual del alumno, en la idea de formar el mejor ser humano; la de entregar las competencias necesarias para insertarse en los procesos productivos; y otra misión, fundamentalmente social, que es la de favorecer la formación del mejor ciudadano para una sociedad democrática y, por tanto, con una intencionalidad última política.

Desde esta perspectiva, entendemos por educación de calidad aquel espacio educativo capaz de acoger a todos los niños y jóvenes sin discriminaciones de ninguna naturaleza y, por tanto, que no segrega, que trata de sostener, mantener y desarrollar a su alumnado y no que, en cambio, lo va dejando de lado o lo separa o expulsa.

Una educación de calidad es, también, aquella capaz de desarrollar aprendizajes significativos en los alumnos y alumnas, rescatando su experiencia, respetando la diversidad, asumiendo la heterogeneidad y, al mismo tiempo, asegurando a todos sus estudiantes una base cultural común, sustentada básicamente en nuestras propias raíces chilenas y latinoamericanas, pero también en aquellos elementos que les permitan tener una comprensión global del mundo.

Una educación de calidad es aquella que no sólo es capaz de entregar a sus alumnos y alumnas las competencias y conocimientos necesarios para incorporarse activa y creativamente al mundo del trabajo en un contexto mundial de globalización, sino que también intenciona el desarrollo valórico de modo de hacer del estudiante, en definitiva, un ciudadano sano, crítico, reflexivo, tolerante, solidario, en una palabra, profundamente pleno y democrático.

Con estas consideraciones, quisiera abordar el tema de los desafíos que debemos enfrentar para una educación de calidad, a partir de la formación inicial y un quehacer docente profesional.

Estos son múltiples, diversos y complejos. Requieren articular políticas en distin-

tos niveles y dimensiones, a nivel macro y micro; tanto en términos de políticas globales como de la propia gestión de la escuela.

Porque una educación de calidad, sin duda, no puede pensarse sino articulada y en la perspectiva de construir una “buena sociedad”, un modelo de desarrollo económico y social humano, sustentable, plenamente democrático.

A nivel macro debemos avanzar, en este sentido, en ir haciendo conciencia que es la escuela pública la que permite las condiciones antes mencionadas: la que acoge a todos, la que puede crear las condiciones para enseñar, viviendo la experiencia de la convivencia, de la pluralidad, de la tolerancia.

Un primer desafío, entonces, tiene que ver con avanzar, en el ámbito de lo político, para hacer sustentable el fortalecimiento de la educación pública.

Ello requiere profundos cambios de la LOCE. Implica, también, avanzar en una redistribución del ingreso distinto, así como buscar mecanismos para aumentar el financiamiento de la educación, necesario para alcanzar una educación de calidad para todos los niños y jóvenes chilenos, rompiendo la actual fragmentación e inequidad del actual sistema.

Un segundo problema que debe enfrentarse es la modificación de los actuales mecanismos de asignación de recursos a los establecimientos, de modo que éstos respondan a las necesidades propias de cada establecimiento y de sus proyectos educativos, con presupuesto anual y no por asistencia promedio de alumnos; otro elemento clave en la superación de la inequidad. Lo propio debe ocurrir a nivel de educación superior, asunto que Uds. conocen mejor que yo.

Un tercer desafío dice relación con el mejoramiento de la formación docente así como de las condiciones no sólo salariales, sino laborales y profesionales del profesorado.

Una perspectiva profesional como la que describimos, supone concebirnos como actores sociales de cambio, como intelectuales transformadores, y no sólo como ejecutores eficaces que conocen su materia y que poseen herramientas profesionales adecuadas para cumplir con cualquier objetivo que sea sugerido o impuesto desde el sistema.

Esto implica definir la formación inicial docente y nuestro campo de trabajo como una práctica investigativa en la que debemos ir más allá de la implementación de modelos instrumentales de acción, que nos posibilite tener conocimientos más amplios sobre el mundo, así como ser capaces de construir teoría utilizando nuestra experiencia cotidiana, cuestionando permanentemente la teoría sobre la base de un proceso dinámico de acumulación de mayores experiencias. Esto es lo que venimos desarrollando, de modo independiente y autónomo en el Movimiento Pedagógico del Magisterio, desarrollado por el Colegio de Profesores.

Ello requiere que contemos con la capacidad de construir y evaluar sistemáticamente nuestras prácticas pedagógicas, así como también, llegado el caso, negarnos a actuar en contra de nuestro propio juicio y experiencia.

En definitiva, asumir una práctica reflexiva de esta naturaleza significa formarnos como educadores capaces y competentes para articular la racionalidad técnica propia de nuestra especialidad con una ética transformadora que promueva más autonomía y libertades creadoras, tanto en nosotros mismos, los educadores, como en nuestros alumnos.

Ello posibilitará brindar a nuestros educandos la oportunidad de convertirse en agentes de conciencia cívica, en sujetos críticos y reflexivos, capaces de relacionarse de manera distinta con el conocimiento, como también con los otros, respetando la pluralidad y la diferencia, y no sólo como sujetos que cuentan con las competencias necesarias para incorporarse a la productividad económica. Ello resulta más cercano a capacitar, que ha educar.

Si tomamos efectiva conciencia de que la tarea central de nuestra profesión es la de potenciar la construcción de un nuevo tipo de educación el gremio docente debe enfrentar, también el desafío de trabajar luchando por crear las condiciones ideológicas y materiales no sólo en nuestras escuelas, sino en el conjunto de la sociedad para hacer de esta utopía una realidad.

A nivel micro, es decir, de la escuela misma, es necesario establecer estrategias que articulen los diversos elementos que permitan generar un ambiente educativo adecuado para responder a los desafíos al inicio planteados.

¿Cuáles son estos elementos?

UNA INFRAESTRUCTURA MATERIAL ADECUADA

El ámbito escolar tiene que ver con las condiciones físicas y los insumos. No sólo con salas de clases adecuadas, sino con espacios recreativos, deportivos, para el trabajo docente en equipo, etc., así como con materiales educativos, bibliotecas, laboratorios.

FLEXIBILIZACIÓN DE LOS TIEMPOS Y DE LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO ESCOLAR

El tema de los tiempos y la organización temporal es probablemente uno de los ejes problemáticos de mayor complejidad. Por una parte, porque exige enfrentar ciertos cánones culturales a nivel de los sostenedores, de las direcciones escolares, de los mismos docentes y hasta de los propios apoderados que tienden a calificar como una buena escuela a aquella que se estructura en relación al trabajo escolar sobre pautas rígidas más que flexibles.

Pero el problema no sólo tiene que ver con concepciones culturales muy enraizadas que pueden partir de la propia autoridad superior, sino porque exige, para romper y enfrentar el tratamiento de los tiempos, la necesidad del trabajo en equipo y la experimentación.

Es imprescindible para trabajar los tiempos, en la perspectiva de romper la rígida estructura actual, el poder contar con equipos docentes que a su vez, superen la tendencia al trabajo individual y sean capaces, por tanto, de estructurar procedimientos y acciones pedagógicas colectivas.

UN AMBIENTE ESCOLAR ADECUADO

No basta tener plantas docentes muy calificadas y excelentemente remuneradas, si no se cuenta con el clima o ambiente que estimule colectivamente el trabajo, o mi-

sión, o proyecto educativo, que mueva a todos los que trabajan y estudian e interactúan, aprendiendo y enseñando permanentemente.

Ello implica espacios democráticos que permitan la participación e involucramiento de todos los actores educativos: docentes, estudiantes, padres y apoderados, en una relación estrecha y abierta con el conjunto de la comunidad.

UN CLIMA EN EL AULA ADECUADO

Para poder lograr aprendizajes significativos en los alumnos se requiere establecer en el aula vínculos afectivos y buenas relaciones interpersonales, tanto entre los alumnos como entre profesores y alumnos. Ello significa crear condiciones para conocerse, escucharse, respetarse, construir tareas comunes.

También significa ir apoyando el que los alumnos vayan superando sus obstáculos en el proceso de aprendizaje, a través de una retroalimentación permanente de acuerdo a sus necesidades, evitando la calificación, o la descalificación y la estigmatización, todo lo cual está estrechamente relacionado con ir cambiando las formas y procesos de evaluación de los aprendizajes.

En esta perspectiva, es importante revisar el número adecuado de alumnos por curso, sobre todo en sectores populares donde se da mayor heterogeneidad.

CONDICIONES PARA EL DESARROLLO PROFESIONAL

No basta una formación sólida, remuneraciones adecuadas y justas, perfeccionamiento permanente y de calidad.

La escuela debe contar también con equipos pedagógicos capaces de ser respaldados en sus iniciativas innovadoras y, por tanto, respetados como profesionales. Pero profesionales a su vez imbuidos de un espíritu de generosidad y de apertura en la búsqueda permanente de aprender y enseñar colectivamente, lo que significa generar, a partir de la propia experiencia pedagógica, esfuerzos colectivos de perfeccionamiento; asuntos todos que no se potencian, justamente, cuando existen tendencias a fomentar, por el contrario, a partir de incentivos, sean estos individuales o colectivos, sólo el trabajo individual y la búsqueda del éxito personal y, por tanto, la competencia entre iguales.

Supone, además, el contar con condiciones laborales que posibiliten efectivamente un hacer profesional y que pongan en el centro generar mejores condiciones necesarias para la buena enseñanza, como así mismo establecer una relación de mayor coherencia entre la formación inicial docente, el mundo escolar y la necesidad de una carrera profesional docente.

Desde este punto de vista resulta imprescindible una nueva organización del trabajo docente, que contemple tiempos reales dentro de la jornada laboral para el trabajo en equipo, instancias permanentes de reflexión trabajo interdisciplinario y perfeccionamiento, asuntos todos que deben potenciarse, superando las actuales tendencias a fomentar, a partir de incentivos, el trabajo individual y la búsqueda del éxito personal

y, por tanto, la competencia entre iguales, así como el clima autoritario y antidemocrático que aún impera en parte importante del sistema escolar chileno. De lo contrario la brecha entre la formación inicial docente, especialmente la marcada por el FIDD y el ejercicio profesional continuará siendo traumática

Creemos que hoy existen condiciones objetivas en el país, no sólo para iniciar un debate, sino sobre todo, concluirlo con definiciones que permitan la modificación de la LOCE, así como transformaciones importantes en el financiamiento de la educación.

Tenemos el convencimiento, al mismo tiempo, que la extensión de la Jornada Escolar genera mejores condiciones para que los distintos elementos ya señalados puedan articularse en una nueva gestión y proyecto educativo que permitan avanzar en una tarea profesional docente que concluya con una educación de mejor calidad.

Creemos que la tarea docente, vista y vivida con una conciencia profesional, debe estar sujeta no sólo a normativas legales o de decretos, sino que debe enmarcarse en claros principios éticos, tarea que como Colegio hemos impulsando con una amplia discusión, lo que ha permitido contar con nuestro propio Código de Ética.

Finalmente creemos que la calidad de de la educación chilena debe contemplar, la urgente necesidad de superar la ausencia de evaluación del sistema educativo escolar y superior, el que si bien ha vivido reformas, mantiene formulaciones esenciales que fueron impuestas, tal como el rol del estado y/o lo público y lo privado en educación. Así mismo resulta imprescindible acortar la brecha existente entre los centros rectores de la política educativa y el mundo escolar y académico.

Por último, la búsqueda de calidad educativa debe necesariamente enfrentar las transformaciones que se requieran para superar la creciente segmentación que afecta al sistema actual (ratificada recientemente por el Informe de la OCDE) y su implicancia para niños y jóvenes y la profundidad democrática que requiere nuestro país.